

# JOSÉ LUIS CUEVAS: EL HOMBRE, EL AMIGO

(EN SU CASA DE LA CALLE DE FRESNOS, JUNIO 2013)

Enrique Cortazar



Tira cómica, 30.VI.2001, Mixta sobre papel 14.5 x 75.3 cm. / José Luis Cuevas

El pasado mes de junio visité, en compañía de Sara mi esposa y Ximena nuestra hija menor, a José Luis Cuevas y su esposa Beatriz del Carmen en su actual domicilio en la ciudad de México, ubicado en la calle de Fresnos en San Ángel. Al llegar frente al número 17 y tocar la puerta, pensé que era posible que nos abriera el mozo que atiende su casa desde los años ochenta, y nos dijera que el maestro, como siempre se ha referido a él, se encontraba indispuerto, o lo más lamentable, acorde con la vorágine de notas de prensa por esos días, que estaba hospitalizado. Ni una ni otra afirmación preocupante expresó, al tiempo que nos invitaba a pasar, pidiéndonos esperáramos en la biblioteca. “En un momento les aviso a los señores”, dijo, retirándose de nuestra vista con un breve ademán de cortesía, dejándonos en aquel recinto pletórico de libros, fotografías, algunas piezas de arte y olor a muebles finos.

Al poco tiempo aparecieron José Luis, ayudado a desplazarse por una enfermera, acompañado por Beatriz del Carmen. Su paso seguro y la fluidez de sus palabras nos devolvieron al José Luis que siempre hemos querido y que creíamos enfermo.

El encuentro fue como siempre, pleno de gusto y gratos recuerdos. La cordialidad de José Luis, siempre a raudales, se dejó sentir con frases como ¡Qué gusto Enrique! ¡Cómo han estado? ¡Qué grata sorpresa! ¡Pasen, siéntense...!

Nos sentamos e iniciamos una serie de comentarios, recuerdos, buenos deseos, breves reseñas de los últimos acontecimientos en torno a su estado de salud, todo aderezado por su agudo sentido del humor y por una chispeante, y siempre bien detallada, catarata de anécdotas. Algo que es característico en José Luis es su memoria sin límites, su archivo mental de fechas, sucesos, personas, etcétera, es sorprendente.

“¿Te acuerdas Enrique, cuando viajamos a Las Barrancas del Cobre? ¿Y el terrible accidente que estuvo a punto de suceder, cuando la avioneta en la que sobre-

volamos aquellas inmensas cañadas por poco se estrella contra el camión atravesado en la estrecha pista de aterrizaje?”

Sí, fue un viaje memorable organizado por nuestro generoso amigo Miguel Ángel Orozco Deza, viaje en el que cruzamos las maravillas de la Sierra Tarahumara en un vagón decimonónico con cuatro dormitorios, sala, comedor y cocina, atendido por un chef de alta escuela muy norteña y asistido por un mesero, quienes provocaron nuestro apetito con succulentos cortes de carne y pecaminosos vinos de delicioso aroma y sabor. Todo un trozo del paraíso cruzando aquellos túneles y puentes en camino al Divisadero, justo en las majestuosas Barrancas del Cobre. Debe haber sido a principio de los años noventa. José Luis y Bertha, su primera esposa, y su hija menor María José, junto con algunos amigos, y gracias a las eficientes gestiones de Orozco Deza ante el Gobierno del Estado, hicimos el viaje que José Luis recordó, reseñándolo durante nuestra visita de este junio lluvioso en su casa de la calle de Fresnos.

—Platicanos de La “Virgen del Ropero”—, le pedí a José Luis, quien levantando la mirada y recordando aquella anécdota, dijo, “sí, fue en un convento bajo la superioridad del Padre Pablo, quien, amigo de santas complicidades, me brindó albergue en una de las austeras habitaciones del claustro reservado para visitantes ocasionales. “La Corregidora”, como me refería a mi amante en turno, y yo, en la deliciosa práctica del amor clandestino, nos instalamos con nuestra pasión a flor de piel en aquella habitación con aroma a cera quemada e incienso”. Durante la mañana temprano, después de aquella intensa jornada cuerpo a cuerpo, tocaron con suavidad a la puerta: “maestro, ¿desea usted desayuno?”, a lo que contesté, “sí, por favor, doble ración de todo”. Respondiendo la religiosa con el mismo tono, casi angelical: “sí, maestro, en unos minutos”. José Luis cayó súbitamente en cuenta del error que cometió: “cómo que ración doble de todo”, pensó, “si se supone que estoy yo solo hospedado en este sacro lugar”. “Pronto mujer escóndete en el ropero”, exclamó José Luis con



Tira cómica, 30.VI.2001, Mixta sobre papel  
14.5 x 75.3 cm. / José Luis Cuevas (detalle)

gran preocupación, a lo que “La Corregidora” obedeció en automático, y así en exóticos paños menores de un brinco se instaló en el interior de aquel mueble con apariencia de ataúd rústico en posición vertical.

“Maestro, ha de traer usted mucho apetito, así que aquí están sus dos raciones...” decía la religiosa, preguntándole con cierta preocupación: “¿no ha tenido usted frío?”, “sí, mucho, soy muy friolento...”, “ah, no se preocupe, aquí hay cobijas extras”, al tiempo que abría el ropero para mostrárselas. La religiosa al ver a “La Corregidora” en paños menores, se santiguó y salió corriendo de la habitación. José Luis le pidió de inmediato a su amante pasajera se escondiera bajo la cama. No pasaron ni cinco minutos cuando aparecieron en aquel cuarto ahora con un tenue olor ocasional a chilaquiles y sexo, todas las religiosas encabezadas por la Madre Superiora. Al abrir de prisa el ropero, la decepción fue unánime. La testigo inicial del prodigio gritaba: “Le prometo Madre Superiora, ¡le prometo!, aquí estaba la aparición. Sí Madre, era la Virgen del Ropero, con un gesto de bondad y divina satisfacción...”

“Lo de la sierra de Chihuahua, Enrique, fue espantoso”, volvió José Luis al tema del viaje. “¿Te acuerdas que sólo tú y yo aceptamos aquel paseo en avioneta por las barrancas, y cómo al aterrizar por poco chocamos contra el camión en que iban Bertha, María José y Sara, más algunos amigos? Hubiera sido horrendo, imagínate de pronto viudos y heridos en plenas montañas y sin hospital a la mano, qué horror... Pero gracias a que imitaste en el hotel, después de cenar, al Piporro, se borró aquella impresión, pues tu interpretación de “Chulas Fronteras”, es fantástica...”

Me he aprendido desde mi juventud varias canciones de este genio de la música popular vernácula, situación que desde que José Luis lo descubrió me pide, en las circunstancias más diversas, imite al Piporro. No fue la excepción en esta visita donde le regalé una vez más mi austera y modesta interpretación, al tiempo que bailaba al ritmo norteño de taconazo y zangoloteo de cadera con Sara mi esposa... Me hubiera gustado fotografiar la expresión de gozo de José Luis, era la de un niño fascinado frente a un maravilloso arte circense...

Aún conservo, como tesoro invaluable, aquellos tambores tarahumaras en los que José Luis, con su característica generosidad, realizó un dibujo para cada uno de los que viajábamos en aquel tren. La iniciativa fue de Paulina, mi hija mayor, siendo la primera, quien con sus inocentes seis años, le pidió a José Luis le hiciera un “dibujito”. Al final de nuestra travesía todos tuvimos un “Cuevor”, fruto de la bondad artística y humana de José Luis.

Platícame, José Luis, aquella experiencia compartida con el maestro Fernando Benítez en la Embajada de México en Italia. “Sí, como no”, y de nuevo sonriente y activando su memoria prodigiosa, nos narró aquella recepción donde conoció a una de las mujeres más hermosas que jamás tuvo frente a sí. “Era bellísima, su mirada de un subyugante verde esmeralda y su cuerpo hecho a mano por algún generoso dios dispuesto a instalar la belleza entre nosotros”. Nos cuenta José Luis cómo aquella suculenta fémina, con un dejo de seductora coquetería, casi perteneciente a siglos atrás, extendió su mano entregándole a él y a don Fernando su tarjeta de presentación. Al leer su nombre nos cuenta cómo aquella belleza se desvaneció con el estruendo anímico de una avalancha de piedras, nieve y estupor: “se convirtió en la más horrenda de las mujeres que jamás hayas visto”, nos comentó, al tiempo que me pide que finalicemos la anécdota alternando conmigo el nombre y apellido de aquella mujer. José Luis dice en voz alta su nombre: Chantal, y, por ancestrales prejuicios anti escatológicos de José Luis, me pide que yo concluya pronunciando su apellido: Pedotte. “¿Cómo puede ser posible Enrique, que un fémina de apariencia tan hermosa se llame así?”, insiste.

## II

Entre anécdota y anécdota, vienen a mi memoria como relámpagos de placentera luminosidad, los múltiples encuentros con José Luis a partir de aquella primera invitación que le formulé gracias a la recomendación generosa realizada por nuestro mutuo y gran amigo, el poeta Marco Antonio Campos. Ya con la citada re-



*Tira cómica, 30.VI.2001, Mixta sobre papel 14.5 x 75.3 cm. / José Luis Cuevas (detalle)*

comendación respecto de mi persona y la labor de promoción cultural que venía desarrollando desde los años 70, José Luis me contestó el teléfono, y sin condiciones ni cuestionamiento alguno, su respuesta fue un “sí voy a dar las dos conferencias que me pides en Chihuahua y Ciudad Juárez”. El milagro de la amistad compartida con Marco Antonio Campos, daba el primer fruto que se multiplicaría con los años.

Recibí a José Luis en la ciudad de Chihuahua, era a principios del año de 1984, siendo éste el primer encuentro lleno de cordialidad de su parte, cordialidad que sería una actitud permanente a través de todos los años en que creció y se solidificó nuestra amistad. Este inicial descubrimiento de su natural cordialidad deshizo mi prejuicio relativo a la arrogancia que su fama pública le había impuesto.

Esa noche de la primavera de 1984, expuso una erudita y amena charla sobre la Escuela Mexicana de Pintura, resaltando el por qué de su emblemático escrito “La cortina del nopal”. El público abarrotó el espacio de la Quinta Gameros ubicada en el señorial Paseo Bolívar, quinta a la que Juan José Arreola se había referido años atrás como “la mejor muestra de Art Nuveau en América Latina”.

De la ciudad de Chihuahua viajamos a la frontera, Ciudad Juárez sería la ciudad donde daría su segunda conferencia. Aquí, en el aula magna de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de Chihuahua, y también con un lleno total, expuso con gran ingenio y una fluidez plena de información y anécdotas, su relación personal, desavenencias y afinidades, con Orozco, Rivera y Siqueiros. Fue tal su erudición, que ambas charlas, la de Chihuahua y ésta en Ciudad Juárez, con el mismo tema, se dejaron sentir como dos conferencias diferentes.

### III

Creo que José Luis ha tenido la natural habilidad para crear un personaje de gran atractivo mediático, llamado precisamente José Luis Cuevas, quien aparece continuamente en los medios con declaraciones,

posturas y actividades que levantan admiraciones y rechazos a un mismo tiempo. Su poder de convocatoria hacia todos los medios es poderoso, pues siempre tiene algo interesante que declarar, en muchas ocasiones provocador, y de un indiscutible alto impacto. Sin embargo, el personaje que ha creado, y que el gran público conoce, poco tiene que ver con el José Luis Cuevas amigo, con el hombre cercano y generoso.

En corto, dentro de la convivencia entre amigos, José Luis es siempre cordial, siempre pendiente del otro, incluyente. Cada vez que lo he visitado nos invita a compartir su agenda del día. Con él y su familia hemos asistido a memorables presentaciones en el Teatro Blanquita, recuerdo en especial una, cuando aún vivía Margo Su, quien nos abrió espacio, a solicitud de José Luis y Bertha, en un lugar privilegiado del teatro donde en esa ocasión se presentaban los tres grandes de la música cubana: Daniel Santos, Celia Cruz y Celio González. Pude ver la popularidad de José Luis cuando en el lobby del teatro se le acercaba gente de muy diversos estratos sociales para solicitarle un autógrafo.

También recuerdo otra ocasión en la que nos incluyó a Carolina, mi hermana, y a mí, que habíamos llegado sorpresivamente ese día, en una cena formal en la residencia de un coleccionista de su obra, ubicada en Las Lomas de Chapultepec. No sé cómo le hizo, pues en la inmensa mesa cuadrada del comedor de esta verdadera mansión, todos los invitados teníamos nuestro nombre en elegantes personalizadores. Entre los veinte asistentes, estaban el poeta Homero Aridjis y el pintor Roberto Cortazar, así como Fernando Benítez y Pepe Iturriaga. Estos últimos nos dieron, literalmente, a través de un diálogo compartido, una conferencia magistral sobre historia y antropología durante la sobremesa de aquella succulenta cena. Fue una verdadera jornada de placer culinario e intelectual.

También tengo vivas en mi recuerdo aquellas comidas, atendidas con gran detalle por Bertha su esposa, en el comedor de su antigua casa, obra arquitectónica del prestigiado Teodoro González de León, situada en la calle Galeana número 109 de la Colonia San Ángel. El comedor en el que además de disfrutar las artes



Tira cómica, 30.VI.2001, Mixta sobre papel  
14.5 x 75.3 cm. / José Luis Cuevas (detalle)

culinarias de Bertha, nos recreábamos admirando las obras de Picasso expuestas en ese rincón de la casa.

Era julio de 1994, cuando, como era frecuente, José Luis me llamó para invitarme a una comida que ofrecía en los jardines de su residencia al entonces candidato a la presidencia de nuestro país, Ernesto Zedillo, quien, recuerdo, arribó prácticamente solo al domicilio de los Cuevas. Coincidentalmente estuvimos a un tiempo en la puerta de acceso, recuerdo que la impresión que me dio fue la de un hombre tímido, razón por la cual lo saludé y acompañé al jardín, donde esperaban más de 200 comensales del mundo de la cultura y la farándula. La mesa designada para mí y mi esposa, la compartimos con el pintor Manuel Felguérez, y los escritores y grandes amigos Beatriz Espejo y René Aviléz Fabila. En aquella multitud de gente del mundo artístico e intelectual, estaban presentes desde personalidades como Rosa Carmina y Tongolele, hasta Alí Chumacero y Fernando Benítez.

La intervención del candidato Zedillo fue improvisada, dejando un grato sabor ante aquella exigente audiencia, pues su discurso, a pesar de lo improvisado, fue lo suficientemente informado, fluido y corto, como para provocar esa impresión.

Este poder de convocatoria ante los más diversos personajes del mundo de la política, se hizo evidente una vez más, durante la inauguración del museo que lleva su nombre ubicado en el Centro Histórico, cuando fue cerrado el tráfico desde el costado del Palacio Nacional, para dar paso a los cientos de invitados al solemne acto, acto que encabezó el presidente Carlos Salinas de Gortari. En todos estos eventos recibí siempre invitación de mi, ya para entonces, gran amigo.

#### IV

Volviendo a aquel primer encuentro en la Quinta Gameros en la ciudad de Chihuahua, y después de la conferencia que allí expuso, le mostré un texto de mi autoría, cuyo tema era la vejez y la muerte, texto que formaba parte de mi libro próximo a publicar titulado *La vida escribe con mala ortografía*. José Luis me ex-

presó su gusto por el texto, diciéndome más o menos: "Enrique, esto es lo que siempre he sentido sobre la vejez y la muerte, me gusta de verdad tu poema..." Esa noche, después de la cena que le ofrecimos, sorprendentemente me dijo: "Enrique, te quiero pedir un favor...", a lo que, confieso, me causó una mezcla de temor y curiosidad, proponiéndome, palabras más, palabras menos: "quiero que me permitas ilustrar tu libro... y que recibas los originales como un reconocimiento a nuestra naciente amistad". Le dije, dentro de mi estupor, que el favor me lo hacía él a mí con tan generoso ofrecimiento. Con los años me convertí en coleccionista de la obra de Cuevas, pues ya son cuatro los libros que me ha ilustrado, cuyos dibujos le han dado a mis publicaciones, un gran, y nunca buscado, prestigio, y que además guardo, debidamente enmarcados, entre mis tesoros más preciados.

Serían innumerables las anécdotas y continuos gestos de generosidad recibidos por parte de José Luis. Recuerdo uno más, que tuvo que ver con la plástica chihuahuense, cuando, a petición nuestra, en el año de 1998, abrió una de las principales salas del museo que lleva su nombre, donde fueron expuestos más de 25 artistas chihuahuenses. El evento fue memorable, tanto por la calidad de los trabajos expuestos, como por la cantidad de gente que asistió la noche de la inauguración, además del numeroso público que admiró la muestra durante los tres meses que estuvo expuesta.

Después de compartir por más de cuatro horas esta amena visita a su casa, me dijo con gran entusiasmo: "¿Enrique, cuándo me invitas de nuevo a Ciudad Juárez a dar una charla sobre el tema que tú me asignes?", pidiéndome al mismo tiempo que la plática no sea sobre el Piporro, tema que aún no domina suficientemente.

Después de esta despedida abrazamos a José Luis y a Beatriz del Carmen y nos vamos con la sensación de que muy pronto volverá a ser posible tener entre nosotros en Ciudad Juárez a este ícono de las artes plásticas de nuestro país.